

Las recientes convergencias teóricas en psicoanálisis y su importancia epistemológica¹

Paulo Duarte Guimaraes Filho

En los últimos tiempos se aprecia un cambio en el intercambio de ideas entre las distintas escuelas de pensamiento psicoanalítico; en especial, se nota una mayor receptividad al examen de las concepciones desarrolladas por otros enfoques. Algunos autores se han ocupado de este proceso. Sandler (1993), por ejemplo, menciona que hasta fines de la década del setenta y comienzos de la siguiente, las escuelas psicoanalíticas rivalizaban entre sí y los partidarios de cada una de ellas consideraban que sus ideas eran las “correctas” y que todas las demás estaban equivocadas. Desde la década del ochenta esta situación se modificó, produciéndose una creciente interacción y diálogo entre los propugnadores de las distintas concepciones. De este modo, se prestó especial atención a la naturaleza de las teorías psicoanalíticas, consideradas como un conjunto de construcciones útiles para la labor clínica. Esto llevó a poder ver los propios puntos de vista y los ajenos como *teorías* modificables, y no como sistemas de creencias fijos. La opinión de Sandler tiene un valor particular dado que es un observador privilegiado, no sólo en la Sociedad Psicoanalítica Británica sino en el campo internacional.

Otro autor con ideas muy próximas a las de Sandler que también señaló las convergencias teóricas que se estaban dando es Schafer (1994). Sus puntos de vista al respecto se manifestaron en un trabajo que presentó en una reunión celebrada con motivo del quincuagési-

¹ © Institute of Psychoanalysis. Publicado en *IJP* (2003): 84: pps. 1189-1202, bajo el título “Recent theoretical convergences in psychoanalysis and their epistemological importance”.

mo aniversario de las “controversias Freud-Klein”. Decía allí que las cuestiones debatidas por freudianos y kleinianos sufrieron una evolución a lo largo de cuarenta años, que a partir de entonces se dieron ciertas interrelaciones entre estas líneas de pensamiento, y que ésta era la tendencia predominante en el psicoanálisis contemporáneo. Schafer sostenía, además, que las nociones derivadas de dicha tendencia aumentan, en la práctica, la eficacia clínica.

En un estudio general llevado a cabo por Gabbard (1995) se ampliaron y explicitaron mejor los hechos observados por Schafer. Gabbard mostró que, en relación con las nociones utilizadas para la comprensión de los fenómenos contratransferenciales, podían encontrarse concordancias significativas entre autores representativos de distintos sectores del pensamiento analítico. Subrayó que estas concordancias derivaban de los conceptos de identificación proyectiva y de puesta en acto contratransferencial.

En la comprobación de la existencia de este “terreno común” en psicoanálisis, otro autor que asume un papel prominente es Wallerstein (1988, 2002). A su influencia se debió principalmente que el Congreso Internacional de 1989 le asignara a este tema un lugar central. En ese marco, Wallerstein (1988) sostuvo que, junto a las divergencias en el plano teórico, hay un “terreno común” a nivel de la práctica clínica. En una obra más reciente (2002) modificó esa postura reconociendo la existencia de concordancias también en el nivel teórico, hecho al cual adjudicó gran importancia. Este cambio en las ideas de Wallerstein lo aproxima a mi propuesta en este artículo, así como a lo que ya expresé en dos publicaciones previas (Guimaraes Filho, 2000, 2001). En la primera de ellas analicé en detalle el trabajo anterior de Wallerstein (1988) y manifesté mi discrepancia con él cuando decía que las coincidencias sólo se daban en la práctica clínica. Voy a reproducir aquí parte de lo que sostuve en esa ocasión, porque creo que lo planteado entonces sigue siendo útil para comprender los elementos que, probablemente, originaron el cambio posterior de Wallerstein.

“La idea de Wallerstein según la cual el ‘terreno común’ deriva de una teoría muy próxima a la práctica clínica no es exactamente incorrecta, pero sí incompleta. Es simplificadora, pues no toma en cuenta que, en lo esencial, tal proximidad podría depender no de una ‘proximidad a los hechos’ sino de un proceso mucho más complejo de debates y verificación de hipótesis alternativas, el cual

ha llevado a que algunas de estas hipótesis demostraran ser clínicamente más eficaces que otras” (Guimaraes Filho, 2000, pág. 13).

En el curso del presente trabajo desarrollaremos esa noción como corresponde.

En cuanto al trabajo reciente de Wallerstein (2002), quisiera llamar la atención a lo que a mi juicio es un mérito especial que debe reconocérsele: el enfoque que adopta respecto de las recientes convergencias teóricas. Realiza una reseña amplia y precisa de las posturas de autores pertenecientes a distintas escuelas de pensamiento y de las convergencias que se han dado entre ellos. Debo añadir que su información histórica es mucho más minuciosa que la de mi trabajo, ya que yo me he concentrado en otros aspectos del proceso de convergencias teóricas, principalmente en su significación epistemológica, aspecto éste que no fue el que más atrajo la atención de Wallerstein. Consecuentemente, creo que ambas publicaciones se complementan, y que juntas han contribuido a destacar en forma congruente el examen de las actuales convergencias, fenómeno novedoso en nuestro campo, cuyas importantes implicaciones aún no han sido debidamente reconocidas.

Puede decirse que los puntos realizados por los autores de que nos hemos ocupado hasta el momento tienen para el psicoanálisis una especial importancia epistemológica. Cabe suponer que, en la medida en que se refieren a un intercambio crítico intergrupar, también incluyen un proceso informal y espontáneo de “investigación clínica”, realizada a manera de selección entre las hipótesis rivales. Pese a su singularidad, este aspecto de la construcción del conocimiento psicoanalítico tiene importantes paralelismos con el desarrollo del conocimiento en otros campos científicos. Lakatos (1978), uno de los más notables epistemólogos actuales, ha hecho referencia a un proceso similar. Partiendo más de la observación de lo que ha sucedido en la historia de las ciencias, que de premisas rígidas sobre la naturaleza de tales ciencias, este autor señala que una parte importante de dicho desarrollo es un proceso de evaluación de sistemas de hipótesis rivales. Según Lakatos, algunos de estos sistemas predominan sobre los demás, no exactamente por la posibilidad de establecer la verdad o falsedad de ciertas teorías en forma individual, sino, en último análisis, por su capacidad para tomar en cuenta una base empírica más amplia.

También Rustin (1991) ha relacionado el proceso descrito por

Lakatos con lo que sucede hoy en psicoanálisis. En general, sin embargo, hay una diferencia entre los datos a los que recurrió Rustin y los que empleamos en el presente trabajo: el autor inglés se ocupó de grupos psicoanalíticos específicos, como los de la Clínica Tavistock y la Sociedad Psicoanalítica Británica, en tanto que nuestra evaluación apunta más bien al movimiento psicoanalítico internacional. A pesar de esa diferencia, el examen de Rustin, como el mío, subraya la importancia que tiene la participación individual de los analistas en la actividad de los grupos psicoanalíticos para la construcción del conocimiento en nuestra disciplina. En tal sentido, saca partido de las propuestas epistemológicas de Lakatos, sobre todo cuando desarrolla la idea de que el conocimiento científico no descansa simplemente en los pilares de la observación, sino que, por el contrario, constituye una red de hipótesis interconectadas que rivalizan entre sí, y entre las cuales prevalecen aquellas que permiten dar las explicaciones más amplias y económicas de los fenómenos.

Las nociones de Rustin sobre la cientificidad del psicoanálisis apuntan a un tema importante que también fue abordado por el analista argentino Jorge Ahumada (1997). Ambos autores ponen de relieve –y esto mucho tiene que ver con los fundamentos de la convergencia teórica– que las concepciones psicoanalíticas versan sobre los fenómenos que se producen entre el paciente y el analista en su situación actual. Estas concepciones son la base de las interpretaciones psicoanalíticas, y al dirigirse a los pacientes, tienden a suscitar reacciones que son, a su vez, indicativas de la validez de las concepciones en cuestión. Rustin explica algunos de los elementos que intervienen en dicho proceso, señalando que el eje de toda actividad científica son los procedimientos de “definición ostensible” –según él, la expresión utilizada por Wittgenstein para establecer la significación de un concepto– o los términos de un juego de lenguaje con los cuales se indican los ejemplos de tal concepto. Todas las ciencias se debaten con la relación existente entre sus concepciones abstractas y las modalidades de experiencia que ellas describen y sistematizan.

Agrega Rustin que los críticos empiristas no tienen en cuenta que, como condición previa para la comunicación dentro de su propio campo, el psicoanálisis debe desarrollar y reproducir asimismo procedimientos confiables de observación y clasificación. Mediante observaciones referidas a las instituciones analíticas inglesas, Rustin pone de relieve que con frecuencia ese proceso se da en las reuniones

grupales, que implican una evaluación permanente de las nociones utilizadas. Aun cuando puso mucho énfasis en estos elementos, Rustin limitó sus indagaciones a dos grupos psicoanalíticos, y lo hizo en un momento en el cual aún no habían surgido las ideas actuales sobre las convergencias teóricas. No pudo, pues, examinar en qué medida tales convergencias son el resultado de una experiencia compartida en un área mucho más amplia, ni tuvo tampoco la oportunidad de estudiar las consecuencias epistemológicas de este nuevo fenómeno.

Ahumada (1997) se ocupó del conocimiento psicoanalítico en un sentido similar al de Rustin, pero al mismo tiempo respondió a los críticos cientificistas del psicoanálisis comparando directamente la actividad analítica con los procedimientos de la ciencia, puesto que en el análisis, como en la ciencia, tiene lugar un proceso de descubrimientos y refutaciones. Según Ahumada, esto sucede porque en la situación analítica es dable comparar las nociones inconscientes que operan en el paciente con la visión de esos mismos hechos que tiene el analista. Enfrentado a esa nueva percepción, el paciente puede atenerse a ella, lo cual origina cambios en su mundo psíquico. Al presentar la cuestión en estos términos, Ahumada no está regresando por cierto a un reduccionismo cientificista, sino mostrándonos que, pese a la oposición del cientificismo, los fundamentos del psicoanálisis tienen muchos puntos en común con los de sus críticos.

Pero aunque podamos establecer en psicoanálisis una definición ostensible, según la exponen Rustin y Ahumada, y a partir de ahí evaluar los resultados de las hipótesis formuladas, esto no significa que hayamos alcanzado un conocimiento indudable. Así lo demuestran claramente las diferentes teorías que existen en nuestro campo —lo que aumenta, por lo demás, la importancia de las recientes convergencias teóricas. El hecho mismo de estas convergencias nos está indicando que un grupo amplio y heterogéneo de observadores están poniendo a prueba, a lo largo de un período prolongado, distintas hipótesis aplicadas en la práctica clínica. Probablemente en función del grado de eficacia que muestran en dicha práctica, algunas hipótesis son preferidas a otras.

Tras indicar el paralelismo entre lo que ocurre en psicoanálisis y en otras ciencias, corresponde considerar las diferencias debidas a las peculiaridades del objeto psicoanalítico. Este no posee una naturaleza física ni es reproducible en la misma forma ante distintos observadores. Por consiguiente, que haya convergencias en psicoa-

nálisis no quiere decir que alcancemos hipótesis exactas o claramente demostrables, de un modo que nos llevaría a establecer paradigmas, en el sentido de Kuhn (1970). En este caso, “convergencia” significa que el psicoanálisis tiene a su disposición conceptos que han revelado mayor utilidad que otros en la práctica clínica de un amplio, variado y significativo conjunto de observadores. También debe subrayarse que el hecho de que se produzcan estas concordancias no implica que las distintas escuelas de pensamiento psicoanalítico hayan dejado de existir. Aquí estamos ante un dato sorprendente y paradójico, que realza aun más su significación. Y ello se debe a que es bien sabido que el funcionamiento de dichas escuelas de pensamiento tiene que ver con la índole extremadamente personal de la transmisión del conocimiento psicoanalítico, y con el compromiso emocional y transferencial que le son inherentes. No es raro que estas involucraciones fortalezcan las posturas ideológicas de las escuelas, con la consecuencia de que se forman grupos comprometidos con la defensa de sus propios intereses, pero no basados necesariamente en razones científicas. De ahí lo sorprendente de las concordancias y lo que les otorga un particular valor: la aceptación de puntos de vista comunes se está dando entre grupos que tradicionalmente estuvieron en pugna, y esto va en dirección contraria a la actividad política habitual de tales grupos. En las convergencias de los últimos tiempos tenemos, pues, un indicio de que las motivaciones políticas de los grupos no son absolutas ni pueden anular totalmente los intercambios y beneficios mutuos de las distintas escuelas.

No obstante, reconocer y subrayar tales convergencias no implica idealizarlas. No es que hayamos alcanzado una nueva etapa en la construcción del pensamiento psicoanalítico, llegando automáticamente a algún tipo de síntesis teórica de bases epistemológicas mucho más sólidas que las existentes hasta la fecha. Por el contrario, las convergencias teóricas son parte de un proceso reciente, del cual puede decirse sin dudar que sólo opera como refuerzo de determinadas concepciones. Visto sólo desde esta perspectiva, sería un fenómeno de escasa trascendencia; pero existe la posibilidad de ampliar esta posición, tomando en cuenta no sólo las convergencias mismas, sino que este fenómeno nos permite reconocer *la naturaleza y valor de un proceso informal de investigación clínica* en el que hasta ahora se había reparado muy poco. Este proceso está apenas en sus comienzos, y no tenemos la expectativa de que alcance resulta-

dos inmediatos significativos. Pero lo importante es reconocer su existencia y naturaleza, de modo de poder explorarlo mejor y estimularlo.

Una de las direcciones en las que se puede avanzar es el estudio de las hipótesis concretas que están ganando mayor aceptación. Un aspecto que debe destacarse es que tales hipótesis se refieren a manifestaciones que tienen lugar en un área específica de la experiencia analítica. Enseguida se advierte que la índole de tales localizaciones favorece la comparación de las hipótesis y, en consecuencia, los acuerdos teóricos. A fin de delimitar esa área y otras cuestiones vinculadas con el proceso de concordancia teórica, será útil comenzar con Freud. El motivo es simple: si hoy hablamos de concordancias, es en relación con una situación previa de divergencias, y si nos remontamos a las raíces de tales divergencias llegamos –como en tantas otras oportunidades– a los conceptos de Freud. En nuestro caso, importa seguir ese camino para advertir que el área de la experiencia analítica en la que hoy se pone énfasis ya había sido objeto de la atención de Freud al final de su trabajo sobre la dinámica de la transferencia (1912). Las afirmaciones de Freud en ese momento tienen gran valor para las ideas actuales, así que vale la pena reproducirlas:

“Las mociones inconscientes no quieren ser recordadas, como la cura lo desea, sino que aspiran a reproducirse en consonancia con la atemporalidad y la capacidad de alucinación de lo inconsciente. Al igual que en el sueño, el enfermo atribuye condición presente y realidad objetiva a los resultados del despertar de sus mociones inconscientes; quiere actuar sus pasiones sin atender a la situación objetiva” (1912, pág. 108).

No es difícil para nosotros tener en cuenta que las manifestaciones señaladas por Freud tienen mucho que ver con el área en que se están dando las convergencias de los distintos enfoques analíticos, ya que las reacciones contratransferenciales operan en virtud de ese poder de las manifestaciones transferenciales, y es por la comprensión de esas reacciones que las teorías de la identificación proyectiva y de la puesta en acto contratransferencial gozan hoy de mayor aceptación.

Por otro lado, si bien Freud pudo haber tomado en cuenta algunos aspectos de las manifestaciones transferenciales, como el señalado,

no fueron ellos el eje de sus indagaciones y elaboraciones teóricas; mucho menos se interesó por la repercusión de tales manifestaciones en los analistas, ni concedió a la contratransferencia la importancia que se le ha dado en los últimos tiempos. Para entender mejor cómo hemos llegado a esta situación, podemos remontarnos al modelo que Freud (1925) aplicó en “Nota sobre la ‘pizarra mágica’”. Los elementos plásticos que utilizó en él son muy apropiados para mostrar por qué distintas escuelas psicoanalíticas se han volcado predominantemente a la indagación de ciertas áreas del funcionamiento psíquico. Según la descripción de Freud, la “pizarra mágica” es:

“... una tablilla de cera de color oscuro, colocada en un marco de cartón; hay sobre ella una hoja delgada, transparente, fija en el extremo superior de la tablilla de cera, y libre en el inferior. [...] Para usar esta pizarra mágica, se trazan los signos [con un punzón] sobre la lámina de celuloide de la hoja que recubre a la tablilla de cera. [...] El punzón, en los lugares que toca, hace que la superficie inferior del papel encerado oprima la tablilla de cera, y estos surcos se vuelven visibles, como una escritura de tono oscuro, sobre la superficie clara y lisa del celuloide. Si se quiere destruir el registro, basta con tomar el margen inferior libre de la hoja de cubierta, y separarla de la tablilla de cera mediante un ligero movimiento. [...] Ahora la pizarra mágica ha quedado libre de toda escritura y preparada para recibir nuevos registros. [...] Pero es fácil comprobar que en la tablilla de cera misma se conserva la huella duradera de lo escrito, legible con una iluminación adecuada”.

Esta última propiedad de la “pizarra mágica” fue tomada por Freud como modelo de lo que ocurre con los procesos inconscientes.

Es natural que, una vez detectada la existencia e importancia, en lo tocante al funcionamiento psíquico, de lo que ha sido borrado pero queda como “huella duradera” en la cera de la pizarra, Freud dirigiera sus indagaciones y lucubraciones teóricas en esa dirección. Pero si aplicamos este modelo con cierta libertad y lo asociamos a lo dicho por Freud en el trabajo sobre la dinámica de la transferencia, cabe afirmar que lo relevante no son tanto las “huellas duraderas” en la cera, sino la influencia que esas marcas pueden ejercer en la percepción y en los objetos del mundo exterior. Dicho de otro modo, Freud se centró en las marcas que quedaban en la cera a través de sus

repercusiones en el plano consciente; pero luego de él, una serie de investigaciones y de nuevos instrumentos teóricos permitieron discernir mejor de qué manera esas huellas de la cera marcaban las láminas de la “pizarra mágica”, vale decir, se imponían en el nivel perceptual y afectaban a los objetos del mundo externo (todo lo cual, en gran parte, fue aclarado mediante el concepto de identificación proyectiva).

Consecuentemente, el modelo anterior pone en su lugar algo de máxima importancia para el logro de acuerdos y permite ver que *no es casual que la confluencia se produjera en el ámbito en que se produjo*. Cuando Freud (1912) hablaba de la intensidad de las pasiones transferenciales y decía que éstas cobran vida en relación con los objetos a los que se dirigen, buscando externalizarse en la figura del analista, puede pensarse que todo esto tiene lugar en un nivel muy accesible en la práctica clínica. Según el modelo de la “pizarra mágica”, el foco deja de ser descifrar lo borrado que queda como “huella duradera” en la cera, a través de sus manifestaciones en el plano de la conciencia –tal fue el eje de la búsqueda de Freud–, y pasa a ser la indagación del modo en que operan esas huellas, su particular dinamismo y las repercusiones que tienen en el analista.

Este cambio en el foco de las investigaciones y elaboraciones teóricas, que lo ha llevado a un ámbito más accesible a la observación clínica, puede ser una de las importantes razones que han contribuido a un mayor intercambio de experiencias e ideas entre los distintos grupos de analistas. Análogamente, entre los conceptos que han ganado aceptación están los de identificación proyectiva y de puesta en acto contratransferencial. No es difícil pensar que la posibilidad de una convergencia teórica entre los analistas se vincula con el hecho de que tales hipótesis remiten directamente a la acción que ejercen sobre aquéllos determinadas manifestaciones inconscientes de los pacientes; y hay aquí una notable proximidad entre los datos extraídos de la observación y las ideas desarrolladas sobre ellos.

Sobre este último punto es menester una aclaración. No creemos que la proximidad al nivel empírico sea garantía de que una hipótesis resulte más valiosa o sea más correcta. En términos epistemológicos, esto es una ingenuidad. Lo que sugerimos es que dicha proximidad puede promover una mejor evaluación de la hipótesis, y eso es precisamente lo que parece estar sucediendo en las investigaciones psicoanalíticas. El planteo de esta cuestión nos permite retornar a

algo que señalamos antes, a fin de establecer una mejor distinción entre la idea de la existencia de un “terreno común” en la práctica clínica, como propone Wallerstein (1988), y las convergencias en torno de la comprensión de la contratransferencia. Ya hemos visto que en su trabajo más reciente, Wallerstein (2002) modificó su punto de vista reconociendo que en el plano teórico también hay concordancias; pero no explicó con claridad que las concordancias respecto de la contratransferencia son de una índole esencialmente distinta a su noción de un “terreno común” en la clínica exclusivamente. En el caso del reconocimiento de las concordancias teóricas, no está presente la idea de que la proximidad a lo observado en la clínica promoverá un mejor conocimiento, pero sin duda está subyacente la noción de que hay en juego un proceso de examen de hipótesis rivales, lo cual concuerda con la propuesta de Lakatos (1978) resumida al comienzo de este trabajo.

En rigor, ésta es una cuestión de gran relevancia para el campo psicoanalítico: *cómo evaluar las distintas teorías desarrolladas en él*. Hasta ahora no ha habido una solución satisfactoria para esto, pero no nos cuesta aceptar que las actuales convergencias contienen cierta clase de respuesta, con lo cual en términos epistemológicos representan, indudablemente, un enorme beneficio para nuestra disciplina. Que las preferencias por determinadas hipótesis hayan sido mucho mayores es consecuencia de los expedientes empleados para lograrlo. De lo que hemos visto hasta ahora se infiere que dichos expedientes formaron parte del proceso de “investigación clínica informal” al que ya hemos aludido. Al mismo tiempo, naturalmente nos vemos llevados a pensar que en la base de tales preferencias estaría *la eficacia evidente del uso de una determinada concepción en la práctica clínica de diferentes analistas a lo largo de un período prolongado*.

La idea es simple, pero lo bastante importante como para subrayarla, sobre todo porque es un problema epistemológico básico del psicoanálisis. Hasta ahora no ha sido posible encontrar criterios que posibilitaran una evaluación más segura de distintas concepciones. Lo demuestran claramente las diferencias teóricas existentes y el hecho de que las concordancias sean tan recientes y se limiten a unas pocas hipótesis. Como vimos, esta limitación no reduce la importancia de estas últimas, principalmente porque han esbozado la posibilidad de una respuesta —por el momento inexistente— al problema de encontrar criterios para elegir entre las teorías.

Tenemos un ejemplo de los obstáculos que genera la ausencia de criterios en uno de los debates más notorios de la historia del psicoanálisis. Me refiero a los que tuvieron lugar en la Sociedad Psicoanalítica Británica a principios de la década del cuarenta, sobre todo entre los grupos freudiano y kleiniano. Gracias a que King y Steiner (1991) reunieron estas “controversias” en un libro, se han vuelto accesibles para todos.

Sobre la cuestión concreta de los criterios para elegir entre hipótesis en pugna, uno de los puntos subrayados en las “controversias” fue que no se habían podido establecer tales criterios, pese a ser el objetivo declarado de muchos participantes. Hayman (1994), en un trabajo leído en una reunión destinada a evaluar las “controversias” cincuenta años después, destacó la importancia de este tema. Una de las cosas que subrayó Hayman fue el grado en que estaba presente en aquellas discusiones la preocupación por el proceso de inferencia y los fundamentos para elegir entre distintas hipótesis; pero también señaló que, pese al vigor con que cada bando defendió sus puntos de vista, no se llegó a ninguna solución coherente en este sentido.

Otros comentaristas recientes han señalado que las “controversias” se habían centrado en hipótesis vinculadas con el primer año de vida, lo que hizo que hubiera una gran distancia entre los datos empíricos y el nivel teórico, con lo cual se tornaba difícil una mejor evaluación de las teorías. Uno de los autores que planteó esto es Baudry (1994), también en una reunión para evaluar las “controversias”; comentaba que en tales debates estuvieron ausentes el tema de la transferencia y de la técnica psicoanalítica. Estas áreas se prestan fácilmente para poner a prueba las teorizaciones, y ya hemos visto la importancia que esto tuvo para las actuales convergencias.

Los datos repasados hasta ahora, empero, revelan que no es dable encontrar en psicoanálisis criterios claros, que permitirían discriminar las hipótesis más aceptables. Por otro lado, las notables concordancias teóricas de los últimos tiempos nos hacen pensar que fueron el resultado de un proceso de investigación amplio, prolongado e informal, y consecuentemente que dicho proceso aparecía como un criterio para la selección de hipótesis. Ahora bien, la informalidad del proceso plantea algunos interrogantes. Importa señalar que las actuales concordancias teóricas no implican nada equivalente a la amplitud de un paradigma, en el sentido con que Kuhn (1970) empleó este término respecto de las demás ciencias. En contraste

con ello, no es difícil percibir, más allá de las convergencias en torno de ciertas hipótesis, la continuidad de un cuadro de posturas teóricas variadas. Pese a la persistencia de esta variedad, se ha producido, como señaló Sandler (1993), una flexibilización. Si mantenemos la hipótesis de que el movimiento psicoanalítico está llevando a cabo amplias investigaciones clínicas informales y tomamos en cuenta algunas de sus manifestaciones más recientes, veremos que las cosas avanzan un poco más lejos de lo indicado por Sandler. En la actualidad, lo que se advierte no es sólo una mayor receptividad de cada escuela ante las concepciones desarrolladas en las otras: trabajos de muchos autores revelan que no existe una afiliación estricta a una escuela determinada. Parece haber un aumento de la flexibilidad en cuanto a la aplicación de diferentes construcciones teóricas.

La “pizarra mágica” podría continuar siéndonos útil aquí, al mostrarnos que el avance del proceso de investigación clínica parece haber seguido expandiendo la posibilidad de movimiento en distintas dimensiones de la pizarra. Sin embargo, hay otro modelo que nos permitirá comprender no sólo estas situaciones sino también los motivos de ciertas intensas divergencias que han surgido en el mismo contexto. En otro trabajo (Guimaraes Filho, 2001), al ocuparnos de la extensión del uso del concepto de identificación proyectiva en el proceso que estamos viendo —principalmente a través de la obra de Bion (1962, 1967)—, ya aplicamos dicho modelo. La imagen empleada se originó en el trabajo de Freud (1937) sobre las construcciones en el análisis. Allí dice que en un principio asimiló la labor psicoanalítica a la del arqueólogo, pero más tarde comenzó a notar que algunos elementos de las culturas primitivas investigadas, y en gran medida enterradas, seguían vivos y activos en el campo de la observación. Según esta metáfora, los analistas, además de ser arqueólogos, se convierten en antropólogos. Bion contribuyó mucho, por cierto, sobre todo gracias a su ampliación del concepto de identificación proyectiva, al desarrollo de instrumentos conceptuales que permitieran captar las vivientes pero oscuras comunicaciones entre los elementos de esas “culturas psíquicas primitivas” y los analistas que las investigan.

En función de este modelo, hay que subrayar que el tránsito hacia una labor antropológica, en un contexto que también tiende a la arqueología, no fue ni es simple. Han surgido discrepancias —un posible ejemplo es Ferro (1995)—, por ejemplo cuando se considera

que si el analista enfoca los elementos arqueológicos, su contacto con las manifestaciones actuales y vivientes del paciente puede entorpecerse, de modo tal que le resulte difícil cumplir con los requerimientos de la tarea antropológica. La radicalización de esta perspectiva ha generado la reacción exactamente opuesta –como la encontramos, por ejemplo, en las exposiciones de Green (1996)–, según la cual la desvalorización del aspecto arqueológico causaría la pérdida de los factores esenciales que determinan los fenómenos psicoanalíticos, y por ende una distorsión básica de la disciplina. Estas dos posiciones contrarias nos posibilitan comprender mejor la índole de la flexibilidad de que antes hablamos. De hecho, en trabajos recientes ha habido una suerte de superación de este antagonismo, dedicando tanta atención a los datos actuales vivientes (a lo antropológico, según la imagen que venimos aplicando) como a los elementos arqueológicos; con ello se prueba que las dos dimensiones no están necesariamente en pugna ni se excluyen entre sí. Por el contrario, el sentido de los acaeceres actuales a menudo sólo aparece realmente cuando se tienen en cuenta elementos más permanentes y estructurados (en nuestra analogía, aquellos que pueden alcanzarse mediante la indagación arqueológica). Así pues, la atención prestada a estos dos niveles puede complementarse y enriquecerse, por supuesto que de acuerdo con la especificidad de cada situación clínica.

Lo curioso es que si examináramos algunos ejemplos de las divergencias mencionadas, veríamos que ciertos aspectos importantes se relacionan con la dificultad para admitir el proceso de investigación y las concordancias resultantes. Uno de esos ejemplos evidentes aparece en el trabajo de Ferro (1995), quien hace una interpretación personal de las ideas de Bion y afirma que el analista debe tomar contacto con los elementos presentes y vivientes de la situación analítica, o sea, actuar como un antropólogo; agregando que la inclusión del plano arqueológico obstaculizaría el nexo con tales elementos vivos. Este enfoque se vincula con lo que Ferro llama los modelos freudiano, kleiniano y bioniano, entre los cuales traza fronteras muy estáticas y definidas. Según esta delimitación, Ferro destaca la contribución de Bion acerca de la participación de la mente del analista en la tarea:

“Hay algo que quisiera puntualizar y que, a mi juicio, constituye el leit motiv común de toda la obra de Bion. Me refiero a la forma

totalmente nueva en que la mente del analista, con sus funciones y disfunciones, entra en el campo” (pág. 28).

Como Ferro entiende la participación de la mente del analista en la tarea clínica según el modelo de Bion exclusivamente, se ve llevado a hacer otras declaraciones, como ésta:

“Bion marca una ruptura con el modelo precedente y formula la construcción de un modelo nuevo y coherente, en el cual, según muchos creemos, puede estar el futuro del psicoanálisis” (pág. 26).

Con este modo de pensar, el autor italiano revela desconocer los cambios y avances que se están produciendo en otras escuelas psicoanalíticas. Baste recordar, como prueba, la creación por parte de los analistas ligados a la tradición freudiana del concepto de puesta en acto, que es precisamente el que pone de relieve la participación de la mente del analista en la tarea clínica. En la misma dirección marcha el empleo de la noción de identificación proyectiva por los kleinianos, con los enriquecimientos derivados de los aportes de Bion; el grado de aceptación de estas dos nociones ya ha sido suficientemente demostrado.

Este tipo de interpretación de las contribuciones de Bion también aparece en la obra de otros analistas, que adhieren fuertemente a las ideas de este autor. Tal vez la metáfora de la “pizarra mágica” vuelva a sernos de ayuda para entender esto. En efecto, Bion (1962, 1967) fue uno de los que realizaron los más ricos aportes en cuanto a la manera en que las “proyecciones de la cera” de la pizarra llegan al nivel perceptivo y cognitivo, y repercuten en los objetos externos. Las indagaciones psicoanalíticas orientadas por estas ideas pueden llevarnos a profundizar en este campo y a reforzar la sensación de que lo que ocurre en la experiencia analítica es producido enteramente por los datos actuales que aparecen en dicha dimensión. Pero, como hemos visto con relación a Ferro, esta profundización puede ir acompañada de una pérdida de contacto con lo que está sucediendo en otras áreas de investigación y de pensamiento.

El analista italiano no representa un caso aislado, sino una actitud que también encontramos en otros autores y que ha dado origen a una particular polémica. En este ámbito todavía hay mucho que estudiar, pero por el momento es interesante subrayar (aprovechando el ejemplo de Ferro) que este desacuerdo deriva en gran medida de la

falta de información acerca de lo que se está haciendo, en general, en otras áreas del pensamiento psicoanalítico. En especial, no hay un reconocimiento de la amplia investigación clínica informal que hemos mencionado. Si Ferro tomase en cuenta esto, vería que muchos de los aportes de Bion (que él valoriza con toda razón, a la vez que hace sus propias contribuciones personales valiosas) han sido asimilados, de diversa manera, por otros campos del pensamiento psicoanalítico, coadyuvando así al cuadro de convergencias teóricas examinadas en este artículo. Pero la visión unilateral de las ventajas que trajeron las concepciones de Bion y la limitación a este autor únicamente, impiden a Ferro beneficiarse de ese mismo extenso proceso de construcción del conocimiento psicoanalítico resultante de la puesta a prueba de hipótesis y la interacción crítica entre distintos grupos.

Ya me he referido a la existencia de enfoques exactamente opuestos al de Ferro. Uno de ellos es el de Green (1996), presentado en un debate sobre la investigación psicoanalítica. A fin de exponer correctamente las divergencias de Green respecto de los elementos que estamos examinando, será útil volver al modelo de la “pizarra mágica”. El autor francés discrepa con los resultados de la investigación de aquellos factores que contribuyen a transponer en los objetos externos las “proyecciones de las huellas” marcadas en la cera. Señala que esto fue consecuencia del desarrollo de la teoría de las relaciones objetales, y agrega que originalmente esta teoría enriqueció el pensamiento psicoanalítico, pero luego se distanció de la doctrina de las pulsiones en una simplificación tal que redujo los procesos psicoanalíticos a las relaciones interpersonales. Por consiguiente, Green destaca la necesidad de articular los puntos de vista intra e intersubjetivos según un enfoque psicoanalítico, no según uno psicológico. Si sólo tomamos en cuenta declaraciones aisladas de autores o grupos, las críticas de Green son pertinentes, pero corren el riesgo de dejar de lado lo que él mismo propone: lo intersubjetivo puede articularse con lo intrapsíquico, y en gran medida esto es lo que hacen los autores que participan en este gran debate y en las investigaciones informales aludidas. De hecho, a medida que los psicoanalistas fueron ampliando su práctica haciéndola extensiva a las diversas áreas de la “pizarra mágica”, surgieron las convergencias teóricas y se puso en marcha algo muy semejante al nexo propuesto por Green.

Podemos decir, entonces, que el hecho de que hoy se preste

mayor atención a las investigaciones clínicas informales, y en especial a sus resultados más recientes, permite reencuadrar discrepancias como las que manifiestan Ferro y Green, y percibir hasta qué punto ellas son, al menos en parte, el resultado de no tomar en cuenta los aspectos más modernos de la construcción del conocimiento psicoanalítico, como los que hemos señalado en este artículo. Al mismo tiempo, cabe suponer que este desacuerdo entre distintos enfoques no es casual: tiene que ver con las complejas dimensiones de los fenómenos psicoanalíticos y con la historia de su investigación, que hemos tratado de expresar de modo sintético con la metáfora de la “pizarra mágica”.

Como conclusión, digamos que la evaluación intergrupala de hipótesis desarrolladas por distintas escuelas parece constituir una parte destacada de la historia reciente del pensamiento psicoanalítico. Si se presta creciente atención a este proceso y se procura ampliarlo y profundizarlo, se contribuirá a que el conocimiento y la práctica del psicoanálisis sean cada vez más coherentes.

BIBLIOGRAFIA

- AHUMADA, J. (1997) “Disclosures and refutations: Clinical psychoanalysis as a logic of enquire”. *J. Psychoanal.*, vol. 78, págs. 1105-18.
- BAUDRY, F. (1994) “Revisiting the Freud-Klein Controversies fifty years later”, en *Int. J. Psychoanal.*, vol. 75, págs. 367-74.
- BION, W. R. (1962): *Learning from Experience*. Nueva York, Basic Books.
- (1967) *Second Thoughts*. Londres, Heinemann.
- FERRO, A. (1995) *A técnica na psicanálise infantil*. Río de Janeiro, Imago Editora.
- FREUD, S. (1912) The dynamics of transference. *S.E.*, vol. 12.
- (1925) A note upon the ‘mystic writing-pad’. *S.E.*, vol. 19.
- (1937) Constructions in analysis. *S.E.*, vol. 23.
- GABBARD, G. (1995) “Countertransference: The emerging common ground”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 76, págs. 475-85.
- GREEN, A. (1996) “What kind of research for psychoanalysis?”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 5, págs. 10-14.
- GUIMARAES FILHO, P.D. (2000) “A psicanálise em tempo de maturidade? O

- que nos mostra um certo olhar epistemológico”. *Rev. Bra. Psican.*, vol. 34, págs. 9-24.
- (2001) “Recentes confluências teóricas na psicanálise e suas possíveis conseqüências para a eficácia da prática clínica”. *Rev. Bra. Psican.*, vol. 35, págs. 471-482.
- HAYMAN, A. (1994) “Some remarks about the ‘Controversial discussions’”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 75, págs. 343-358.
- KING, P. Y STEINER, R. (EDS.) (1991) *The Freud-Klein Controversies, 1941-45*. Londres, Nueva York, Routledge.
- KLEIN, M. (1946) “Notes on some schizoid mechanisms”, en *Developments in psychoanalysis*, Londres, Hogarth Press.
- KUHN, T.S. (1970) *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, University of Chicago Press.
- LAKATOS, I. (1978) “Falsification and the methodology of scientific research programmes”, en su *The Methodology of Scientific Research Programmes. Philosophical Papers*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press.
- RUSTIN, M. (1991) *The Good Society and the Inner World*. Londres, Verso.
- SANDLER, J. (1993) “On communication from patient to analyst: Not everything is projective identification”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 74, págs. 1097-107.
- SCHAFER, R. (1994) “One perspective on the Freud-Klein Controversies, 1941-45”, en *Int. J. Psychoanal.*, vol. 75, págs. 359-365.
- WALLERSTEIN, R. S. (1988) “One psychoanalysis or many?”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 69, págs. 5-21.
- (2002) “The trajectory of psychoanalysis: A prognostication”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 83, págs. 1247-1267.

Traducido por Leandro Wolfson.

Paulo Duarte Guimaraes Filho
Rua Joao do Rio 45
05417-090
Sao Paulo, SP
Brasil